

## El proceso de Moscú...

(Viene de la página 292)

Vyshinsky:—¿Cómo era usted tratado? ¿Estaba usted bien atendido en la prisión, eran buenas las condiciones?

Norkin:—Muy buenas. ¿Me pregunta usted sobre las influencias exteriores?

Vyshinsky:—Sí.

Norkin:—No hubo presión alguna.

Vyshinsky:—A un hombre se le puede suprimir la buena alimentación, impedir el sueño. —Sabemos esto por el trato en las prisiones capitalistas.—También puede carecer de cigarrillos...

Norkin:—Si es a eso a lo que Ud. se refiere, no hubo nada semejante.

Vyshinsky:—¿Les alimentaban bien?

Norkin:—Eran sumamente atentos.

Vyshinsky:—Los cargos en su contra eran de bastante peso; ¿hicieron algún papel esos cargos?

Norkin:—Lo que más obró fué por cierto el que yo me convenciera de la inutilidad de la lucha y me diera cuenta que era necesario poner en claro todo el asunto.

\*

A mí me parece que este fragmento deja traslucir una presión bastante fuerte, aunque ésta no fuese presión exterior en forma de tortura o privaciones. A Norkin no le fué permitido sentirse en la cárcel como en su casa, aunque sus carceleros fueran «sumamente atentos». (Yo me pregunto si esta frase sonará en ruso tan siniestra como en inglés). Pero finalmente confesó, por cierto sentido de culpabilidad y porque era necesario «poner en claro el asunto». Pasó lo mismo con Muralov, un buen hombre irascible de sesenta años que se resistió durante ocho meses, tiempo dos veces más largo que cualquiera de los otros. Radek, arrestado al último, sólo confesó unos pocos días antes de iniciarse la vista del proceso: esperó hasta que las dieciséis declaraciones de sus compañeros se fueron acumulando en contra suya.

Me parece a mí que las confesiones fueron indudablemente sinceras. Pero no quiere esto decir que cada palabra de los prisioneros fuese cierta, ni aun subjetivamente. Algunos de ellos aparentemente dijeron menos que la verdad, en el esfuerzo por proteger a sus amigos. Algunos pueden haber dicho más de la verdad,

con la esperanza de escapar con una sentencia más benigna, o en el caso de Shetov por pura bravata. Y en algunos de ellos se desarrolló un odio a Trotsky tan fuerte que parece aun hoy emanar de sus sepulturas. Pueden haberse salido de sus casillas para vengarse de lo que consideraron como una traición a ellos y a la causa común. Todas estas posibilidades deben ser consideradas.

No obstante, la parte fundamental de la acusación fué probada sin dejar lugar a mayores dudas. Los acusados habían combatido a su propio gobierno con sabotaje y terrorismo. Habían conspirado contra la vida de Stalin y de sus principales colaboradores. Habían causado una serie de desrielamientos de trenes en Siberia Occidental y en los Urales, incluso uno en que perecieron veintinueve soldados del Ejército Rojo. Habían sido autores de tremendas explosiones en plantas eléctricas y químicas. Habían hecho deliberadamente planes erróneos para fábricas y minas en forma de que la producción fuese lenta y los accidentes aumentasen; le entregaron a agentes del Gobierno alemán tres fórmulas químicas secretas, y habían delatado el plan de movilización de los ferrocarriles de Siberia a espías japoneses. Todo esto habían hecho bajo la impresión de que estaban interpretando fielmente «las directivas del centro», en otras palabras, a Trotsky mismo.

\*

Pero hay otros puntos de la acusación que parecen menos esclarecidos y menos atestiguados.

¿Intentaba realmente Trotsky restablecer el Capitalismo en Rusia? ¿Conspiró con los japoneses y los alemanes, prometiéndoles que sus adeptos trabajarían en debilitar el ejército ruso, y recibió a su vez la promesa de que así Hitler lo apoyaría para llegar al poder? A primera vista este cuento parece increíble. Este cargo fué imputado solamente por el testimonio de Radek (quien recibió cartas de Trotsky que posteriormente quemó), y de Pyatakov (quien dice que fué por avión de Berlín a Oslo a celebrar una entrevista con su jefe). Indirectamente los otros dos miembros del «Centro de Reserva», Sokolnikov y Serebryakov también apoyaron este cargo en sus declaraciones, porque

oyeron esta información a sus asociados; y también por la declaración de Rohm y Bukhartzev que actuaron de mediadores.

Trotsky niega de principio a fin esta versión. Asegura haber estado en el Sur de Francia bajo vigilancia policial en los momentos en que Rohm dice que se estaban entrevistando en París. Las autoridades del aeropuerto de Oslo también contradicen en parte la afirmación de que un aeroplano extranjero haya aterrizado durante los meses en que Pyatokov asegura haber estado allí: a esto responden los comunistas que hay otros campos de aterrizaje cerca de Oslo.

\*

Sobre estos puntos creo que no debemos formarnos opinión hasta que ambos campos produzcan pruebas más claras. El punto principal por esclarecer aquí es la buena fe y la escrupulosidad de las autoridades soviéticas. No me parece que la inocencia ni la culpabilidad moral de Trotsky estén realmente en el tapete; no hay duda de que él odia al Gobierno Soviético y desea desbancarlo; él mismo no lo niega. Por otro lado, a él no se le podría declarar traidor a Rusia por la sencilla razón de que él no se considera ciudadano ruso; a sus propios ojos él es un ciudadano de la revolución. Desde el momento en que, hace algunos años, consideró que el actual Gobierno ruso era un peligro para la revolución mundial, y sin duda el peligro mayor, se impuso el deber moral de atacarlo por todos los medios a su alcance. No veo razones morales que le impidieran pactar con estados extranjeros. Los bolcheviques habían sido «derrotistas» durante la Guerra Mundial. Lenin viajó por Alemania en un tren blindado. Además el propósito de este pacto sería hacer de Trotsky el amo de Rusia; después de obtener esta finalidad bien podía darse vuelta contra sus aliados, y mediante la fuerza de su genio despertar el espíritu de rebeldía que duerme bajo la superficie en Alemania, Italia y Japón. Vendría, por fin, así, la Revolución Mundial con toda su sangre y promesas para el futuro... Así no es como ocurren las cosas en la historia. Pero es con frecuencia como ocurren en las mentes de los revolucionarios que conspiran para destruir lo bueno en aras de lo mejor.

(Concluye en el próximo número)